

ACRÓPOLIS DE ATENAS

La hegemonía de Atenas en Grecia acabó en el año 404 a.C., cuando la ciudad debió rendirse al ejército del espartano Lisandro y destruir sus murallas.

SOLDADOS BIEN ARMADOS

Los hoplitas griegos iban armados con un escudo redondo llamado hoplón, como el soldado del vaso de la derecha. Siglo IV a.C. Museo Arqueológico Nacional, Nápoles.

EL EJÉRCITO QUE VENCIO ATENAS

ESPARTA



En el año 405 a.C., el espartano Lisandro logró una decisiva victoria sobre Atenas en la batalla naval de Egospótamos. La capital del Ática se rindió poco después, poniendo fin a la guerra del Peloponeso

ANTONIO PENADÉS
HISTORIADOR Y ESCRITOR



CRONOLOGÍA

El final de un conflicto devastador

415 a.C.

Atenas envía a Sicilia una importante flota para ayudar a Segesta en su guerra contra Selinunte y Siracusa, pero la expedición acaba en fracaso.

413 a.C.

Los espartanos toman la fortaleza ateniense de Decelia y asolan el Ática. En 412 a.C. logran que muchos aliados de Atenas rompan sus lazos con ella.

411 a.C.

Esparta logra el apoyo financiero persa. Las fuerzas espartanas acuden al Helesponto a conquistar a las ciudades aliadas de Atenas.

410 a.C.

Los atenienses, liderados por Alcibiades, vencen a los espartanos en Cícico, en el Helesponto. Eufóricos, rechazan la oferta de paz de Esparta.

407 a.C.

Gracias a la ayuda de Ciro el Joven, el general espartano Lisandro refuerza su flota y logra derrotar a los atenienses en Notio, junto a Efoeso.

406 a.C.

Los atenienses obtienen la victoria contra una flota espartana comandada por Calicrátidas cerca de las islas Arginusas, al este de Lesbos.

405 A.C.

En la batalla de Egospótamos la flota espartana liderada por Lisandro sorprende a los atenienses y destruye totalmente su armada.

404 a.C.

El ejército espartano, con Lisandro al frente, ocupa el Pireo. Atenas pierde sus murallas, su flota y sus posesiones de ultramar.



TEMPLO DE SELINUNTE

En 416 a.C., una delegación de Segesta, en Sicilia, pidió ayuda a Atenas contra Selinunte y Siracusa. La derrota ateniense en la campaña siciliana precipitó el fin de la guerra con Esparta.

Lisandro fue uno de los generales más brillantes de la historia de Esparta. A él le debió la capital del Peloponeso su triunfo más resonante: el que logró sobre Atenas en la larga y terrible guerra que enfrentó a ambas ciudades entre los años 431 y 404. Fue, en efecto, Lisandro quien derrotó a la armada ateniense en la decisiva batalla de Egospótamos y quien a continuación negoció la rendición definitiva de Atenas.

Sin embargo, Lisandro fue un espartano atípico. No pertenecía al restringido círculo de los *homoioi* (ciudadanos con plenos derechos o «iguales»), sino que era un simple *mothax*, un hijo de espartiatas y de una sierva, una ilota. Pese a ello, los éforos, los principales magistrados de Esparta, lo eligieron jefe naval a edad muy temprana, gracias en buena parte a un poderoso patrocinio, ya que en su adolescencia fue amante (*erastés*) de Agesilao, quien más tarde sería rey de Esparta. Destacó por su sed de gloria en el campo de batalla y por una ambición personal que le granjeó numerosos enemigos. Pero sobre todo se hizo famoso por su gusto por las estratagemas y su maestría en el



arte del disimulo y el engaño. Según Plutarco, su estilo consistía en «engañar a los jóvenes con los dados y a los hombres con juramentos». El mismo autor comentaba: «Y a los que le decían no ser digno de los descendientes de Heracles el hacer con engaños la guerra, los mandaba a pasear, diciendo que donde no alcanzaba la piel de león se había de coser un poco de la de zorra».

Victorias y derrotas

Lisandro entró en escena en la fase final de la guerra del Peloponeso, la posterior a la desastroso desenlace de la expedición ateniense a Sicilia, en 413 a.C. Como consecuencia de ese fracaso, Atenas había quedado muy debilitada, pero aún le quedaban recursos. Los espartanos eran conscientes de que la única posibilidad de acabar con su rival pasaba por arrebatarle sus dominios en el Egeo oriental y cortar las vías de abastecimiento de trigo desde las colonias del mar Negro a través del estrecho del Helesponto. Por ello, con el apoyo económico de los persas —deseosos también de reducir el poder de Atenas—, los espartanos se insta-

PROTECCIÓN EN COMBATE

Durante el siglo V a.C., todos los hoplitas griegos se protegían con un casco de bronce conocido como «casco corintio» (en la imagen). Esta pieza cubría toda la cabeza y dejaba aberturas a la altura de los ojos y la boca.

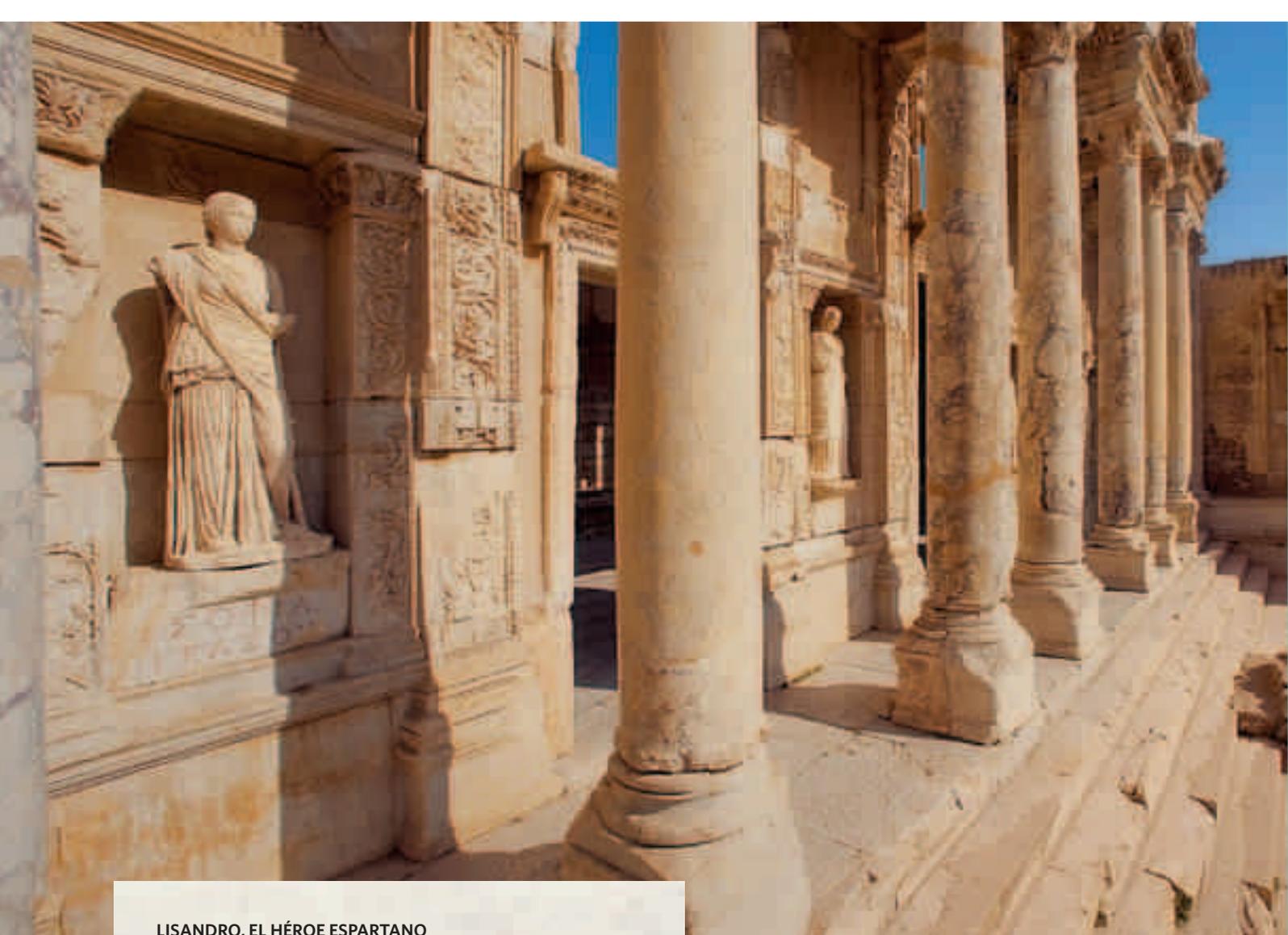


XXXXXX

laron en la colonia milesia de Abidos, dispuestos a conquistar las ciudades aliadas de Atenas en la zona y bloquear los suministros.

Pero la reacción ateniense fue inesperadamente eficaz. Liderados por Alcibíades —el discutido jefe de la aventura siciliana que volvía ahora del exilio— y por Trasíbulo, los atenienses ganaron varias batallas que les permitieron recuperar el control del Helesponto y de sus principales ciudades.

Fue entonces cuando los éforos de Esparta, conscientes de que necesitaban un comandante carismático, concedieron el mando de la flota a Lisandro. Éste se instaló en Éfeso, y desde allí entró en tratos con el sátrapa o gobernador persa en Anatolia, Ciro, hijo pequeño del gran rey Darío II. Gracias a los fondos de Ciro, Lisandro se reforzó con nuevos barcos y los salarios de sus marineros mejoraron notablemente. Esto provocó frecuentes defecciones de remeros atenienses, que cambiaban de bando buscando un sueldo que la arruinada Atenas no podía ofrecerles, mientras que los que se quedaban, según Plutarco, «se mostraban desanimados y rebeldes y causaban



LISANDRO, EL HÉROE ESPARTANO

CRUEL PERO ÍNTEGRO

La dureza de carácter hacía temible e insoportable su poder», escribía Plutarco de Lisandro en la biografía que le dedicó. En efecto, el historial del comandante espartano está lleno de ciudades saqueadas, de ejecuciones en masa (como la de los tres mil prisioneros atenienses tras la batalla de **Egospótamos**) o de intrigas que terminaban en baños de sangre, como sucedió en Mileto. Su máxima

era el imperio del más fuerte; cuando los representantes de Argos se quejaron por una cuestión fronteriza, les contestó enseñándoles su espada: «El que manda con ésta es el que alega mejor derecho sobre las fronteras». Un compatriota suyo afirmó que Grecia no podría aguantar **dos Lisandros**, dos hombres con su misma ambición y dureza y, también, con su misma falta de escrúpulos para lograr sus objetivos. Sin embargo, después de su muerte en un asal-

to contra **Tebas**, en 395 a.C., se comprobó que en otros aspectos era un auténtico espartano. En vida muchos lo habían acusado de provocar la decadencia de Esparta introduciendo las riquezas producto de la guerra con Atenas. Pero al hacer inventario de sus bienes se descubrió que él supo resistir esa tentación; «entre tantos caudales, tanto poder, tanto séquito de las ciudades y tanto obsequio de los reyes, en punto a riqueza en nada adelantó su casa»,

problemas a sus oficiales todos los días». Como ya declaró el rey espartano Arquídamo, la guerra «no es tanto cuestión de armas como de dinero, gracias al cual las armas son útiles».

En octubre de 407 a.C., con el propósito de sorprender a Lisandro, Alcibiades se instaló en Notio, el puerto de la ciudad jonia de Colofón. Desde allí esperaba sorprender a Lisandro en Éfeso, unos kilómetros al suroeste. Pero cometió el error de ausentarse unos días para asistir a su amigo y compañero Trasíbulo en el asedio de Focea, dejando el mando de la flota al timonel de su barco en vez de a un general o a un trierarca (capitán de navío). El timonel, llamado Antíoco, tenía orden de mantener los barcos amarrados, pero cuando divisó la flota de Lisandro cerca del puerto de Notio decidió atacar, en busca de una sensacional victoria que lo lanzara a la fama. El general espartano no desaprovechó la ocasión e infligió una severa derrota a los desorganizados atenienses. Alcibiades fue culpado por sus compatriotas de la derrota y tuvo que exiliarse de nuevo.

Pese a ello, los atenienses lograron rehacerse una vez más y a finales del verano de 406 a.C.



LA BASE DE LISANDRO

Lisandro dirigió la guerra naval contra Atenas desde la ciudad de Éfeso, en Asia Menor. Tras su victoria en Egospótamos, los efesios erigieron una estatua a Lisandro, el general vencedor, en el templo de Artemisa.

ÉCOLE NATIONALE SUPÉRIEURE DES BEAUX-ARTS, PARIS - LOUIS JOSEPH DUC



ANG / ALBUM

obtuvieron una gran victoria en batalla de las islas Arginusas, cerca de Lesbos. Los espartanos perdieron 70 de sus 115 naves, y su general Callicrátidas murió en la refriega. El triunfo de los atenienses quedó empañado por una tormenta que se abatió sobre su flota y que dejó numerosos muertos y naufragos; los generales no supieron organizar su rescate, y a su vuelta a Atenas los ocho, incluido el primogénito de Pericles, fueron condenados a muerte por la Asamblea de la ciudad.

El salvador de Esparta

Tras el revés de las Arginusas, los ojos de los espartanos y de sus aliados se volvieron de nuevo hacia Lisandro. Los embajadores de las ciudades aliadas solicitaron que se nombrara a Lisandro comandante de la flota, «porque, mandando él, concurrirían con mejor voluntad a lo que fuere menester». Los espartanos accedieron y, como una ley prohibía que un hombre fuera jefe naval durante más de un año, le nombraron vicealmirante con el mando efectivo sobre la armada, pese a que en teoría a su frente estaba un tal Ararco.

AMADO Y ODIADO

Alcibiades (abajo, busto en la Galería de los Uffizi, en Florencia) fue acusado por sus compatriotas del fracaso de la expedición a Sicilia y de la derrota de Notio. El otrora héroe de Atenas acabó sus días en el exilio.



XXXXXX

Nada más recibir el mando, Lisandro se reunió en Sardes con Ciro, que le ofreció fondos para su expedición. A continuación emprendió, desde Éfeso, una campaña que le llevaría a tomar al asalto varias ciudades jonias aliadas de Atenas para luego dirigirse de nuevo al Helesponto, el punto estratégicamente vital en la guerra. La primera ciudad proateniense que tomó en la zona fue Lámpsaco, que fue saqueada por los soldados. Alertada, la flota de Atenas se instaló en Sesto, a la entrada del Helesponto, y luego avanzó hasta la playa de Egospótamos («río de la cabra»), en la orilla europea del canal, justo enfrente de donde había atracado Lisandro.

La flota ateniense estaba dirigida por seis generales que se turnaban cada día en el mando. Todos ellos, temiendo que sus fondos se agotaran, deseaban entablar batalla rápidamente; **cuando Alcibiades llegó a caballo al campamento y les propuso una retirada táctica, lo expulsaron sin contemplaciones.** Durante varios días se dirigieron con la flota hasta la playa de Lámpsaco, intentando provocar a los espartanos, pero Lisandro no recogió el guante. Al quinto día



EL FINAL DE LA HEGEMONÍA ATENIENSE

ATENAS SE RINDE

Cuando los atenienses se enteraron del desastre de Egospótamos, «un gemido se extendió desde el Pireo hasta la ciudad; se comunicaban unos a otros la noticia, y ninguno durmió esa noche». Se temían

lo peor: que los aliados de Esparta, deseosos de venganza, convencieran a los lacedemonios de que destruyesen totalmente la capital del Ática. Las tropas espartanas pusieron pronto si-

tio a Atenas, que quedó bloqueada durante varios meses. Pero una embajada ateniense enviada al campamento de Lisandro en Samos sirvió para lograr una transacción: Atenas se salvaría, pero los Muros Largos y las murallas del Pireo serían derribados. Los atenienses

se comprometían asimismo a obedecer los dictados de la política exterior de Esparta. El

ejército lacedemonio, comandado por un victorioso Lisandro, tomaba, así, posesión de una derrotada Atenas el 16 del mes de Muniquión, que corresponde al mes de abril, del año 404 a.C., precisamente el día en que se celebraba el triunfo griego en la batalla de Salamina. A continuación, Lisandro estableció un nuevo gobierno, conocido como los Treinta Tiranos, presidido por Critias, que había vuelto del exilio impuesto por el gobierno democrático de Atenas.

repetieron la maniobra y, viendo que de nuevo Lisandro rehusaba el choque, volvieron a la playa de Egospótamos. Los soldados desembarcaron despreocupadamente y se dedicaron a sus asuntos, sin cuidarse de la defensa: «Unos fueron al mercado, a darse una vuelta por el lugar, otros dormían en las tiendas o se preparaban el almuerzo, pendientes de todo menos de lo que iba a ocurrir por la incompetencia de sus superiores», escribe Plutarco.

El acto final de la guerra

Lisandro, que ya se había dado cuenta de la escasa disciplina que reinaba en el campamento ateniense, decidió entonces pasar a la acción. Según Jenofonte y Plutarco, Lisandro había ordenado a unas naves **que siguieran a los atenienses que volvieran y que hicieran señales con un escudo** cuando desembarcaran. En cuanto se recibió la señal, la flota espartana se dirigió a Egospótamos y pilló totalmente desprevenidos a los atenienses. Muchos huyeron en desbandada, un gran número fueron apresados y más de cien trirremes fueron capturados o quemados. La derrota de Atenas era completa.



TETRADRACMA DE ATENAS CON IMAGEN DE LA LECHUZA DE ATENEA EN EL REVERSO. SIGLO V A.C.



ALIANZA CON PERSIA

En Éfeso, donde estableció su base, Lisandro cultivó la amistad del príncipe persa Ciro el Joven, que le prometió financiar su guerra contra Atenas. En la imagen, vista de Persépolis, capital del Imperio persa.

XXXXXXXXXX



ANG / ALBUM

DOS HOPLITAS
FUERTEMENTE ARMADOS
ENTRAN EN COMBATE.
VASO ÁTICO DE FIGURAS
NEGRAS. SIGLO V A.C.

Plutarco escribe que, «después de saquear el campamento, Lisandro emprendió la navegación hacia Lámpsaco entre flautas y canciones triunfales: había conseguido una gran hazaña con un mínimo esfuerzo y en una sola hora había puesto fin a la más larga guerra, la más diversa en incidentes y la más increíble en cuanto a situaciones de suerte». En efecto, la guerra del Peloponeso finalizó en aquella aciaga jornada por medio de la única vía posible: la aniquilación de uno de los contendientes. La flota ateniense había sido eliminada y las arcas vacías del tesoro ya no permitían pensar en otra recuperación. Esparta pasaba a ejercer su dominio sobre todos los rincones de la Hélade.

Pero aún hubo cabida para una atrocidad más en la de por sí sangrienta guerra entre las dos ciudades griegas. Junto con las naves atenienses, Lisandro se llevó a Lámpsaco más de 3.000 prisioneros, una décima parte de los atenienses que se encontraban en Egospótamos. Al cabo de unos días reunió a sus aliados y les invitó a deliberar sobre la suerte que debían correr los cautivos. Los representantes de ciudades como Corinto, Megara y Egina, las más perjudicadas

por el imperialismo ateniense, se mostraron inflexibles. Recordaron que la Asamblea de Atenas había aprobado un decreto en el que se ordenaba cortar las manos de sus enemigos en caso de victoria. Frescas en la memoria estaban también las masacres cometidas por los atenienses en la ciudad de Escione y en la isla de Melos. También acusaron a Filocles, general ateniense, de haber ordenado ahogar a toda la tripulación de dos naves, una corintia y otra de Andros. Por ello «se decidió condenar a muerte a todos los prisioneros atenienses». En cuanto a Filocles, Lisandro le preguntó qué castigo creía merecer y a continuación lo decapitó. Matar a los rehenes capturados en una batalla iba contra los usos bélicos en Grecia, pero en esa guerra envenenada hacía ya tiempo que se habían destruido todos los códigos de honor. ■

Para saber más

TEXTO
Vidas paralelas: Lisandro/Alcibiades
Plutarco. Gredos, Madrid, 2008.

ENSAYO
La guerra del Peloponeso
Donald Kagan. Edhasa, Barcelona, 2009.

NOVELA
El hombre de Esparta
Antonio Penadés. Edhasa, Barcelona, 2005.

LA LUCHA POR EL DOMINIO DEL MAR

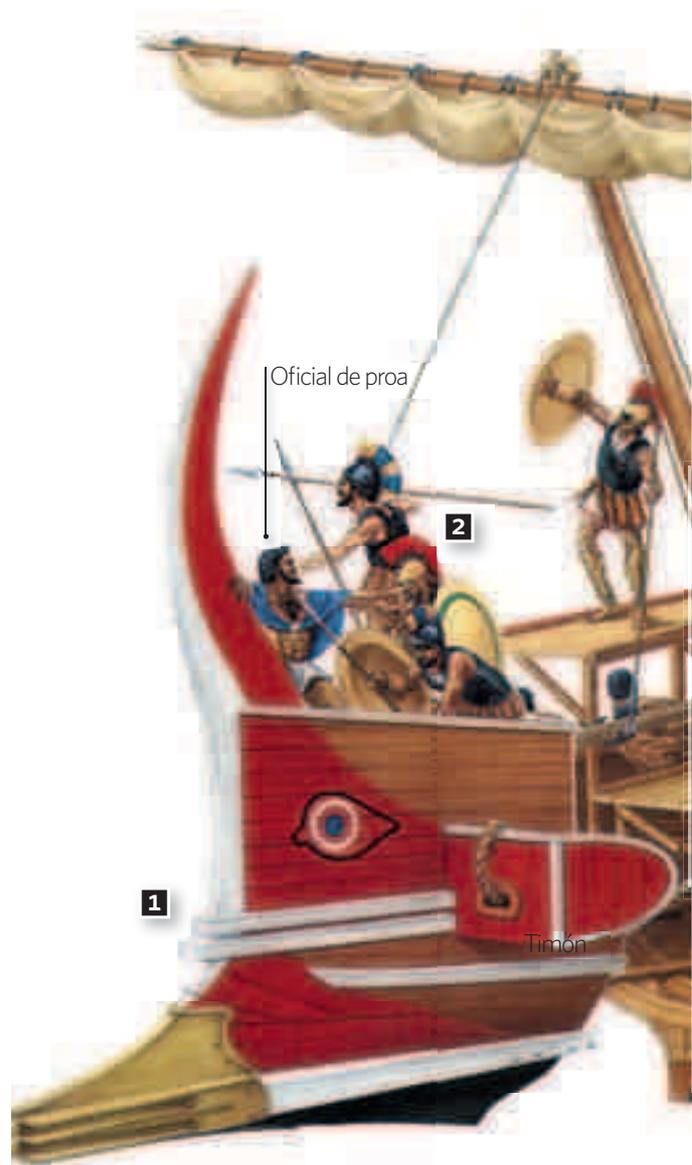
A principios de la guerra del Peloponeso, Esparta contaba apenas con un centenar de navíos mal equipados, frente a los 300 de Atenas y los de sus aliados. Los dirigentes espartanos eran conscientes de la necesidad de remediar este desequilibrio: «a menos que logremos la superioridad marítima, los daños que sufriremos serán mayores que los suyos», dijo el rey Arquídamo. Las tornas cambiaron después del desastre ateniense en Sicilia, en 413 a.C. Lisandro dispuso de una flota pareja en número a la ateniense y con una tripulación bien pagada gracias a los fondos persas. Así logró la decisiva victoria de Egospótamos (405 a.C.).



LOREMAS DE INGLATERRA. JOYA DE LA ARMADA. MUSEO VICTORIA & ALBERT, LONDRES.



En las batallas navales los griegos seguían dos estrategias. Una consistía en lanzar los navíos a la máxima velocidad para impactar con su espolón en el barco enemigo, que quedaba así inutilizado, aunque no solía hundirse; era el procedimiento preferido por los atenienses. La segunda buscaba el abordaje y requería una mayor dotación de combatientes.

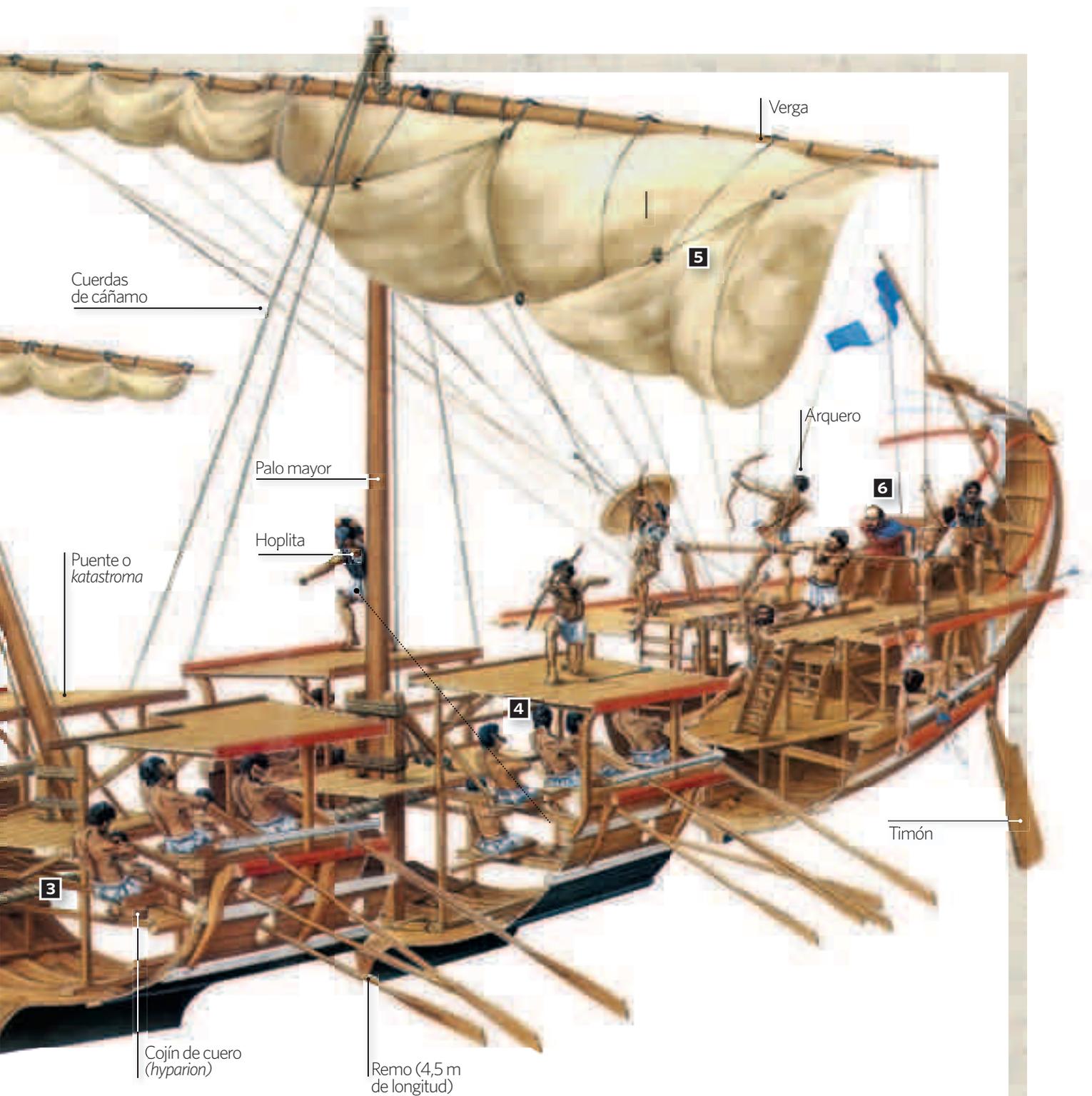


1 **Espolón**

Los triremes estaban armados en la proa por un espolón o *embolos*, cubierto de bronce. Se solía pintar un ojo, en una pieza de mármol pulido; Esquilo hablaba de «barcos de ojos oscuros».

2 **Combatientes**

Los triremes atenienses llevaban unos 14 guerreros (*epibatai*): 10 hoplitas y 4 arqueros; un número reducido para facilitar las maniobras. Otras ciudades empleaban 40 combatientes.



3 **Hypozoma**

Era una cuerda gruesa tendida en el casco desde la popa a la proa, que servía para impedir que el navío se inclinara por los extremos. Había que irla retorciendo para mantenerla seca.

4 **Remeros**

Eran profesionales bien entrenados, ciudadanos de pleno derecho aunque, en Atenas, de la clase más pobre. En total había unos 170 remeros, repartidos en tres hileras.

5 **Velas**

Las velas se utilizaban en los viajes, que generalmente se hacían a escasa distancia de la costa. En cambio, durante la batalla las velas se recogían y se recurría a la fuerza de los remeros.

6 **El capitán**

El navío iba mandado por un capitán o trierarca. Tras él, quien ostentaba más autoridad era el timonel o *kybernetes*, encargado del timón y de las velas, que solía ir protegido por un arquero.